



CAPÍTULO III

SE ha dicho, poco más ó menos, en los libros de química: «Precipitad algunas gotas sutiles de agua oxigenada en una apacible y no empañada solución de sulfato de leucalina, y en un instante la masa líquida incolora quedará transformada, revisitando la púrpura escarlata del sulfato de rosanilina.»

Erubesciente y espléndido, el mencionado sulfato de rosanilina no resulta más distinto del pálido y soñoliento sulfato de leucalina, que de todas las personas y cosas del viejo departamento de la calle de Varennes desde que Minnie, ágil reactivo, viniera á descomponer sus moléculas. Testimonio atento y pasmado, el amigo Gouf asiste á una de

aquellas revoluciones que en un Estado renuevan completamente, no solo las instituciones, sino aun las mismas almas de los hombres. Desde Bobby hasta madrina, inclusive, nadie escapa á la influencia de la advenediza.

¿Le sienta bien á un can serio, que había llevado seis años de vida regular, de sueños juiciosamente distanciados y de estricta higiene, le sienta bien el correr como un loco tras las bolas de papel, tragar indistintamente terrones de azúcar ú hojas de ensalada y hacer la digestión zangoloteando por la calle? Es de creer que sí, puesto que con este régimen arbitrario Bobby continúa engordando y sé ha vuelto muy retozón. Por otra parte ¿cómo iría á protestar, si Portos, el viejo caballo pardo, que se detenía únicamente á las puertas de las iglesias y de las cementerios y á lo sumo en uno que otro hotel del *fau-bourg*, ha tomado sin resollar el camino del Prado Catelán y del Jardín de Aclimatación? Y de Orasia, ¿quién creyera que se diese á repasar sus olvidados libros de cocina, é inclinada fervosamente sobre los hornillos, añadiera á los purés y á las compotas tradicionales, golosinas revolucionarias?... Pero ello ha sido menester, puesto que á Minnie le agradan los bollos, sin que le disgusten las patatas fritas.

Y ¿es concebible que la señorita Noemi, esclava de los principios durante un cuarto de siglo, enloquezca á todos con un corpiño de color y dos rosas púrpura en el sombrero? ¿Por qué no, si al decir de su pupila no le faltaba más que ese detalle para ser una monada? Y además, ¿qué puede ya sorprender en su conducta, si una tarde el cochero privado la sorprendió saltando á la cozcujita, aprendiendo á jugar al tres en raya?

Y madrina, hasta madrina tiene en desorden todas sus costumbres. Para cerciorarse de que la lumbre está encendida, se levanta media hora más temprano. Y ha renunciado al té, tomando en su lugar chocolate, á fin de que el de Minnie sea perfecto. Diez veces ve interrumpida su lectura del diario por absurdas preguntas, y aun ella misma la interrumpe otras diez para saber si Minnie tiene los pies fríos ó siente retortijones. Turban sus ejercicios de piedad incesantes distracciones; ¡que la niña se guarde de las corrientes de aire, que no vaya á tirarse por la ventana! Alguna que otra vez falta á las vísperas. Ensayo juegos que hasta el presente ignorara y olvida su calceta. No podía sufrir el ruido, ahora lo busca. Ha comprado un fonógrafo mayor que el que tienen arriba. Un día se la vió con un polichinela sobre las rodillas, y cuando

el santo de Minnie bebieron champaña...

A Minnie todos los prodigios que causa, ni le hieren la atención, ni le sorprenden. ¿Acaso donde ella esté no hay siempre alegría y movimiento? La vida emerge de ella como del sol la luz. Interesada y gentil, jamás confusa ni desazonada, agradece las atenciones de que la hacen objeto y se huelga de las bienandanzas que le depara la fortuna.

Lo que mayormente la encantó fué la visita á París. No vayáis á creer que la inmensa ciudad edificada con el sudor de millones de hombres, tesoro acumulado gracias á un esfuerzo de veinte siglos, foco prodigioso de pensadores y de pasiones, lograra intimidarla. Al fin y al cabo esa ciudad no es más que un Burdeos un poco más vasto, en donde las personas andan un poco más deprisa y tienen gracioso acento; y en cuanto al Sena no vale lo que el Gironda. Pero es muy divertido pasear por una ciudad que uno desconoce y, como uno si hojeara un libro, experimentar de vez en vez la sorpresa de un descubrimiento.

Los hay que no tienen nada de extraordinario. ¡Señor! á esa Catedral de *Nôtre Dame*, que tanto ruido mete, Minnie la vió ya infinidad de veces en tarjetas postales. Y en cuanto al *Sacré-Cœur*, causa mucho efecto al descubrirlo tan

alto, irguiéndose al extremo de una avenida. Pero después de todo es una iglesia como cualquier otra para rezar á Dios. En cambio por su forma inesperada y los barrocos dibujos que lo caracterizan, el obelisco divirtió á Minnie; esa gran piedra procedente de Egipto donde reinara José no le es indiferente. El Arco de Triunfo ¿qué es sino una puerta que no da á ninguna parte? No obstante sugiere por su grandiosidad, por los nombres de generales y de batallas de que está cuajado, por los bajo-relieves militares que lo decoran. En los Inválidos, al fondo de aquel gran hoyo circular, el formidable féretro del terrible emperador que hiciera matar tanta gente, impresionó profundamente á Minnie; por espacio de unos segundos permaneció un poco pálida, pensativa, como delante de las piezas más sugestivas de su museo. Pero nada le embelesó tanto como la torre Eiffel, que ya tenía muy conocida, y que se descubre desde todas partes. La Gran Rueda, es casi tan interesante como la torre. Un gigante podría lindamente jugar al aro desaferrándola y tomando por varilla el Obelisco ó la Columna de Vendome...

Puede que discretamente incitada por el amigo Gouf, hartó desolada temiendo que Minnie pudiera aburrirse á su lado, madrina, no sin una lucha inte-

rior, ha tolerado que la niña conociese las bellezas de la capital. La señorita Noemi, orgullosa por tal misión, fué autorizada para llevarla al Guignol; y, puesto que, contrariamente á lo que madrina esperaba, no pilló en tal aventura un tifus ni una pulmonía, también le fué permitido ir al circo ecuestre y al cinematógrafo.

Tales excursiones, que fueron para Minnie otras tantas alegrías rápidamente transcurridas, constituyeron para su acompañante turbadoras revelaciones. A pesar de los aplausos de la niña, á la señorita Noemi la satisfizo poco el Guignol; juzgó que era espectáculo falto de distinción, y sufría al ver burlada la autoridad. El cinematógrafo la volvía loca; á pesar de los esfuerzos de sus ojos desmesuradamente abiertos y pestañeantes, no alcanzaba de ningún modo á seguir su vertiginoso curso, y volvió á casa con la cabeza molida por la jaqueca. Pero el circo la llenó de fuertes y complejas emociones. Los caballos de alta escuela y los perros amaestrados la encantaron. A pesar de toda su reserva, las volteretas de los clowns arrancáronle cloqueos de alegría que llamaron la atención de los espectadores vecinos. Sonrojóse púdicamente ante el *deshabillé* de las bailarinas, y en lo profundo de su alma subsistirá

siempre el recuerdo de un joven acrobata, bello, de enhiestos bigotes y malla sembrada de lentejuelas, que por dos veces la mirara...

Cuando al salir de aquel tumulto de sensaciones nuevas é incoherentes, la señorita Noemi vuelve á encontrarse en la calle donde hormigúean los transeúntes y carruajes, siente vértigo, y cegada por él, fuera capaz de embestir la primera barriga que se le pusiese al paso ó de arrojarse bajo las ruedas de un fiacre. Por fortuna allí está Minnie, quien, cogida de su mano, le muestra el agente portador del instrumento de paz, el bastón blanco, y la induce maternalmente á solicitar su apoyo. A Minnie no deja de sorprenderla todo aquel movimiento. Después de haber admirado la multiplicidad de automóviles, periódicamente continúa sorprendiéndose de que madrina no prefiera esa moda de locomoción á su viejo caballo... Pero todo lo demás ya no le llama la atención. Ni todas las sorpresas del género humano, ni las fuerzas naturales, ofrecen nada que pueda maravillarla. Así como el alma de la señorita Noemi se encoge ante lo desconocido, la de Minnie muéstrase abierta á todo. Su nariz se dilata respirando la vida con anhelo. Le pertenecen todos sus encantos. Minnie siente la pu-

janza de todas las energías y sabrá adaptarse á su destino.

En una palabra; en el mismo París donde se acumula el esfuerzo civilizador del hombre, Minnie no ha llegado á maravillarse de veras más que dos veces.—Una tarde fué á los almacenes del Louvre. Remolcada de sección en sección, por espacio de tres horas, paseó por entre todos los productos asombrosamente variados y múltiples del trabajo humano. Por espacio de tres horas, cegó sus ojos un sin fin de variadas riquezas que de todos los rincones del globo vinieron á acumularse en un solo lugar, traídas, reunidas, transformadas por millones de industriosas manos. Durante tres horas, oleadas de compradores arrastraron á Minnie en sus remolinos, atropellándola, aplastándola, pasando sin darse cuenta de ella, como si fuera una brizna en medio de un torrente tumultuoso..... Minnie salió del Louvre atontada, sofocada, muda, como si acabara de advertir su mínimo valor en el seno del inmenso colmenar humano; esto la azoró unos minutos.

El otro prodigio que pudo transportar á Minnie, fué el Jardín de Aclimatación. Por primera vez en su vida Minnie se sintió casi tan dichosa como aquel á quien siempre envidiara, Noé, quien pudo reunir en su Arca una pareja de

cada uno de los animales vivientes. Por primera vez vió ante sí, casi libres en sus verdes recintos, á un sin fin de animales que únicamente había encontrado descritos ó pintados en los libros. Y pensó que acaso fuera demasiada carga todo aquello para el Arca de Noé. Con sus propias manos, tocó el lama de los Andes y el zulú de Madagascar. Los rengíferos polares comieron de su pan y también los antílopes africanos. Los yaks del Thibet la contemplaron con sus plácidos ojos, y las otarias hicieron surgir inesperadamente de los estanques sus hocicos mostachudos y perezosos y sus pieles sedosas. Vió á todos los extraños seres cuyas formas y proporciones despiertan misteriosos caprichos; las girafas de desmesurado cuello, el tamanuar de lengua inverosímil, el ornitorrinco, semi-ánade con cuatro patas. Sus ojos no alcanzaban á saciarse de tantas cosas, de tantos seres convertidos de siluetas imprecisas y cuasi míticas en esas realidades vivientes y palpables.

Pero á su alegría se mezcló una punzante emoción, acaso muy profunda, cuando, en un rincón de la jaula de los monos, mientras la señorita Noemi, ofendida por el olor, llevaba su pañuelo á la nariz, la niña sorprendió á dos menudos seres de ojos humanos, dos tífes

chiquitos, friolentos y lacerados, parecidos á los que allá, al otro lado del Océano, conociera tan ágiles y retozones bajo el gran sol de oro...

Y Minnie montó el elefante. Toda trivial realidad desvaneciósse á su alrededor. Muda y grave, balanceándose sobre el lomo de la enorme bestia, creyóse cuando menos un rajah indiano cabalgando en la selva. Tras el avestruz de pelado cuello, recorrió los desiertos africanos. Encaramada y sola en la joroba de un camello, tuvo á sus pies las arenas de la Arabia y oyó soplar el simún...

Minnie salió del jardín hechizado con los ojos brillantes y las mejillas encendidas; á la señorita Noemi le inquietó un poco su exaltación. Durante la comida la niña estuvo explicando á madrina el sin fin de maravillas que había presenciado. Y, ya en los postres, concluyó diciendo:

—Cuando sea mayor, daré la vuelta al mundo.

¡La vuelta al mundo! Madrina mueve la cabeza con una mueca resignada. En sus tiempos ¿qué muchacha educada en la apacible atmósfera del convento, hubiera soñado en dar la vuelta al mundo? ¿Por qué extrañar, si tales aspiraciones frecuentan los cerebros pueriles, que el antiguo paraíso no les bastara á los ma-

yores, á esos que se han embrutecido hasta admitir ideas socialistas! ¡Cuántos, que hoy sufren el contagio de la fiebre universal, escaparían á esta vida turbulenta á que está condenada la sociedad contemporánea! Pero las quimeras de Minnie, más que escandalizar á madrina, la sorprenden. Es de admirar en la niña ese vigor en proyectar sobre todas las cosas la efervescencia de vida que lleva en sí... Al primer día claro que se presenta, madrina pregunta á Minnie, con maliciosa sonrisa, si desea por casualidad volver al Jardín de Aclimatación.

Pero no todos los días son claros y, por otra parte, ¡caramba! no va uno á pasarse la vida entera entre los animales. Algunas veces llueve. Entonces Minnie se queda en casa y es menester que se ocupe en algo.

Se ha dado con un pasatiempo. Mamá pidió con mucha insistencia que Minnie no olvidase demasiado sus estudios, y se estableció que la señorita Noemi le daría algunas lecciones. Minnie no es, que digamos, prolijamente estudiosa. Al oír la palabra lección hizo una mueca... Pero la señorita Noemi puso un semblante tan apesorado, tan contrariado, que Minnie se dejó conmovido. Para no desagradar á la señorita Noemi, sintió en trabajar una hora diaria, y la

señorita Noemi mostróse profesora tan poco exigente, que no hubo necesidad de insistir en lo de la concesión. Cuando, por casualidad, la lección ha salido muy bien, la señorita Noemi se la explica á madriña, con tal acento de triunfo, que hay motivo para que á Minnie la atormenten los remordimientos por no darle cotidianamente esta alegría. Cuando la lección de Minnie es mediocre, halla tantas excusas en su defensa, que queda enteramente disculpada. Y cuando Minnie se ha portado verdaderamente como una borriquita, la señorita Noemi se muestra tan azorada, tan desolada, que Minnie se siente de veras arrepentida y al día siguiente dice por sí misma: «¡Eal repasemos la de ayer, puede que salga mejor».

Peró si la señorita Noemi es para Minnie una maestra como jamás la soñara, Minnie es una discípula que desorienta singularmente las nociones pedagógicas de la señorita Noemi; no solo por sus alternativas de aplicación y aturdimiento, sino además por sus gustos y sus disposiciones que tanto la distinguen de las condiscípulas de la señorita Noemi que antaño siguieron con ella el curso de la señorita Escolástica Pardonneau.

La ortografía, la historia y la literatura eran en aquellos tiempos materias

que aguijoneaban el amor propio de las buenas discípulas. Tres órdenes de conocimientos sufrían notorio descrédito: geografía, ciencias naturales y lecciones de cosas. Pues bien, Minnie, descuida la ortografía, aborrece la gramática, desdén la historia y parece completamente indiferente ante la literatura; en cambio adora las lecciones de cosas, ciencias naturales y geografía. Siente una ardiente curiosidad, á veces insaciable, del mundo en que vive. Aunque su imaginación se exalta alegremente, siempre toma el punto de partida en la realidad. Minnie siente ansias de conocerla con precisión y por detalles. Para contestar á sus preguntas, la señorita Noemi se ve obligada á recurrir á la *Enciclopedia de la Buena Sociedad* y aún se dan casos de encontrar la ciencia insuficiente. Todas estas endiabladas invenciones, conjunciones de verbos, extravagancias de ortografía, todas esas vejeces seculares, fechas de batallas, biografías de hombres ilustres muertos siglos atrás, todo esto aburre cruelmente á Minnie. Tampoco, á decir verdad, le interesa en lo más mínimo que Viena sea la capital de Austria y que los animales vertebrados se dividan en cinco clases. Pero, ¡qué satisfacción la suya al aprender cómo están formados su corazón y sus pulmones, y por qué un pavo no es

mamífero, y al saber cuánto tiempo se necesita para ir á Viena, lo que cuesta el viaje, y cómo visten los habitantes de aquella capital! Esto le interesa infinitamente. Intentad llevarla al dominio de la especulación, del pasado, y la veréis bostezar. Pero cuando se trata de nociones positivas, puntos de vista utilitarios sobre los seres y las cosas que forman parte del mundo en que vive, pone en ello tal atención que á veces la misma señorita Noemi propone que se suspenda la lección por temor á un exceso de trabajo.

Pero, á Dios gracias, no siempre se trabaja. Una gran estancia fué abandonada á los pasatiempos de Minnie. Cuando desde su sillón, trabajando en la eterna calceta, madrina oye crujir el entarimado ó el ruido de unas sillas que ruedan por el suelo, suspira y recuerda los apacibles recreos de su infancia: los pacientes juegos de la lotería y el dominó, y los incesantes é infinitos cuidados que prodigaba á sus muñecas sabiamente dispuestas en círculo. Minnie gusta de los juguetes. Le agradan las muñecas, pero, en todas sus diversiones, los objetos materiales, exteriores, no desempeñan más que un papel de comparsa; mejor que con los maravillosos productos de los almacenes del Louvre ó del Enano azul, se divertirá con los despojos

y ruínas, y con cualquier cosa, y en caso de necesidad con un simple trapo cualquiera, ó unos trozos de madera ó de piedra que su imaginación transforma. Porque los juegos de Minnie son ante todo desahogos de su propia personalidad. Los principales elementos de interés nacen de sus propias fuerzas. Por mal dispuesta que se halle, el más modesto apoyo exterior le proporciona un punto de partida suficiente; y tomando impulso vuela velozmente á las más altas regiones de su fantasía. La señorita Noemi esta mañana le contó la muerte de Hector. Tres sillas de frente le sugieren la idea de un tiro de caballos. Hasta la hora de comer, Minnie será Aquiles, y cuando se siente á la mesa se advertirá en su rostro un surco espantoso de furor.

Juega á viajes, juega á salvajes, á la caza, al naufragio, al automóvil. Teniendo á Bobby por cómplice, el campo de juegos se hace infinito. A Minnie no le importa encargarse de dos papeles ó cuatro ó diez, ó ciento si es necesario. Minnie se multiplica, grita, corre, salta, se tira por el suelo... Algunas veces la señorita Noemi, un tanto alarmada, se aventura á intervenir, á dar un consejo de moderación, pero la endiablada Minnie es más fuerte que su energía. Aquiles permaneció sordo á las súplicas de